

ES VIDA EN CUATRO

Despunta el alba sonrojado por el sol destellante, que en su timidez otoñal, trata de clavar sus garras en todo cuanto alcanza a ver. La brisa fresca alborota a los árboles, para que suelten aquello que marchito pende y se resiste a caer, pero al final sucumbe dejándose deslizar hasta tocar el suelo húmedo mañanero. Cubre con su manto pardo todo lo que la vista alcanza, todo lo que el alma descubre con su mirada. Suena ese ronroneo a seco desnudo sobre la tierra fresca, las enormes hojas de los chopos revolotean apiladas unas a otras, realizando diminutos tornados, pequeñas danzas fúnebres...

En la soledad del bosque, los últimos cánticos de algunos pajarillos rezagados irrumpen en el silencio natural de la brisa. El frío empieza a trabajar, y como cualquier buen sirviente, lo hace a la perfección. Suelta su blanco manto cubriéndolo todo a su paso, y la brisa gélida del norte da un toque cristalino a esa gran tarta. Los arbustos, rocas, meandros y nosotros mismos, decoramos sin querer el entorno salvaje de esta vida arrimada. Damos matices, a veces atroces, pero necesarios para la lucha natural del paso del tiempo...

Los tejados de las casas parecen sufrir allí afuera, brillan por las heladas al amanecer, para luego llorar durante todo el día, por el dolor crudo de la naturaleza. Los cristales se empañan como un trabajo real, parece que laten al compás de los vientos helados, hablando con sus labios de furia contenida.

En las casas del otro lado de la calle, colgando de las cornisas, se ven esas estalactitas de hielo goteando en los cuellos y las aceras. Parecen colmillos de dragón amenazantes. Los viandantes cruzan las calles con la vista alzada a esas fauces, no sea que alguno de ellos se desprenda y les alcance. En los tejados la nieve se acumula empujando hacia las orillas, amenazando caer en

cualquier momento, engordando cada noche como un niño malcriado, aumentando su peso y haciéndolos chirriar como los barcos en las tormentas marinas. Las calles brillan por toda esa humedad, como si llorasen sufriendo por estar allí afuera, abandonadas, frías... Los comercios abren sus puertas como si nada pasase, tratando de dar servicio a los valientes que por fuerza tienen que ir de aquí para allá, dándose prisa por llegar al abrigo de sus hogares, y así poder calentarse en los lares llameantes, familiares, acogedores de almas. Dando cobijo con su mano enrojecida mientras humea la chimenea, lanzando bocanadas como las antiguas locomotoras a vapor serpenteando los montes escarpados. Solo el tintineo de una cazuela solitaria irrumpe en el silencio de la casa, el aroma de un buen estofado dibuja esos lazos familiares que unen las miradas alrededor de la mesa, tras el ajetreo de estos días de intenso frío...

Suena una campana en las alturas de la iglesia, coronada por un nido de cigüeñas cual majestad imponente, una pareja eterna, que como cada año, se unen fielmente para convertir su Amor en una nueva vida. No se conocen sus nombres, nunca nadie se preocupó de ello, tan solo sabemos que están ahí, como decorando esa estampa allá en lo alto, adornadas por el azul de los cielos junto a nubes de algodón, en un halo que corona el fin de tan altivo edificio. Mucho más abajo, a sus pies, una escalinata casi desproporcionada, nos invita a entrar en las entrañas de esos muros de piedra, para descubrir su dulzura con olor a incienso de sus tapices, cuadros, iconos y retablos. En la trasera del edificio, un manto verde con los bordes repletos de flores multicolor, cual capa de reyes, nos deja entrever a lo lejos una frondosa arboleda, la cual, acompaña al río furioso pero necesario para dar vida a la sangre alterada de todo ser vivo, como si todo renaciese tras hibernar, dando así pie al astro Sol que nos va cobijando a medida que los días avanzan en su longevidad.

El canto de las chicharras acompaña las tardes calurosas tras la siesta, tan solo el chapotear del agua fresca del río por los sofocados cuerpos, atenúa, si

cabe, las altas temperaturas que nos obligan a pensar dos veces, si nos dejamos castigar por el látigo enfurecido que nos muerde sin conciencia, desde el más allá enrojecido. Todo parece desecarse en el amarillo de los trigales, como pidiendo el frescor de una sombra bajo los brazos que antes se desnudaron de aquello caduco, mientras en el suelo húmedo se hacen remolinos, y los tejados se retuercen por el peso excesivo de su manto blanco...

Tan solo nosotros, pobres humanos, da igual en que época, somos capaces de continuar como si nada. Tocándonos, mirándonos, soñándonos, amándonos; solo a veces, perdemos un poco el norte, pero luchamos por seguir siendo así, tan solo simples humanos...

Dicho queda , (Maky).